

# EL CURSO PREUNIVERSITARIO

*En la sesión de clausura de la XXVI Semana de Educación de la F. A. E. el Ilmo. Sr. D. Arsenio Pacios, Inspector General de Enseñanza Media, pronunció la siguiente conferencia:*

Es preciso reconocer que la idea del Curso Preuniversitario español tuvo una favorable acogida, tanto dentro como fuera de nuestro país. Se trataba de un intento de realizar al máximo el ya viejo anhelo de preferir la formación a la información y, por lo mismo, encaja perfectamente en el concepto moderno de la Enseñanza Media.

Sin embargo, no es lo mismo acoger favorablemente una idea que aceptar sin reservas una realización. Entre otras, hay la razón de que difícilmente se llevan a la realidad en toda su perfección los planes que se elaboran en el silencio aséptico del gabinete de estudio. Y lo cierto es que hasta ahora no ha adquirido el Preuniversitario una configuración definida; y mucho menos definitiva.

Ello ha hecho que vuelva a plantearse la discusión sobre su utilidad y sobre si no sería prudente suprimirlo. Los mismos que lo saludaron alborozados en proyecto, impacientes ahora ante las dificultades que presenta su puesta en práctica, renuncian a seguir buscando los medios más aptos para su realización y dirigen sus críticas sobre el plan mismo.

Son muy variadas las razones que se aducen en pro de su abrogación. Así, unos lo estiman innecesario basándose en que su característica más acusada, la formación o maduración del alumno, no es tal característica, ya que debe extenderse a todos los años del Bachillerato. Otros, estiman poco menos que perdido este año, ya que, por su falta de contenido se presta a que los estudiantes agoten el tiempo en tanteos y repasos de lo ya aprendido, con lo que la pretendida maduración se reduce prácticamente a la maduración natural de la mente que sigue al envejecimiento cronológico. Por eso no tiene nada de extraño que estos oponentes aboguen por la sustitución del Curso Preuniversitario por un séptimo año de Bachillerato.

Aunque no sea más que de pasada—puesto que más adelante haremos otras consideraciones que estimamos más convincentes—, quiero contestar a estas críticas.

Es cierto que la preocupación formativa no

debe ser una característica exclusiva del Preuniversitario, sino que debe extenderse a todo el Bachillerato. No obstante, si encontramos razonable que se dedique un curso, de manera especial, a cultivar esta fundamental faceta de la educación, sobre todo cuando los conocimientos adquiridos en los cursos anteriores ofrecen una base suficiente para este tipo de actividad. Por lo demás, también en los primeros cursos *debiera* existir una preocupación formativa. Pero la realidad es que apenas podemos decir que la haya; bueno será pues que enmendemos al final las deficiencias que se hayan producido en un principio.

En cuanto a aquellos que estiman preferible sustituir el Preuniversitario por un séptimo curso, habría que decirles que el hecho de que hasta ahora no se le haya dotado de contenido definido, no quiere decir que esto no se pueda lograr. Por otra parte, un séptimo curso sería muy interesante; pero por la misma razón, ¿por qué no añadir un octavo y un noveno? Ya sabemos que la materia que hay que aprender no se acaba nunca. Pero aquí no se trata de dotar a los alumnos de todos los conocimientos de que son capaces, sino de ponerles en condiciones de que más adelante los adquieran, si lo desean. Con eso ya cumple perfectamente su misión la Enseñanza Media. Añádase a esto que el Bachillerato español es uno de los más duros y ambiciosos que existen; lo que no supone necesariamente que sea el más perfecto y el más práctico.

Hasta que no hayamos hecho todos los intentos posibles por hacer viable en la práctica el plan tan entusiásticamente acogido, no debemos renunciar a él. En definitiva, son sus resultados los que nos permitirán enjuiciarlo. Pero sólo son resultados válidos para la discusión los obtenidos de una correcta realización del plan.

Y en ese camino nos hallamos durante el presente curso, aunque también sea verdad que no hemos hecho más que iniciarlo.

De la observación de los defectos que venía presentando se dedujeron las modificaciones que en principio había que introducir. Fundamentalmente, estos defectos se reducían a dos: falta de contenido definido e incoherencia entre el sistema de examen y las directrices que se habían dado para el desarrollo del Curso.

Con el primer defecto se hacía problemáti-

co el aprovechamiento del curso por parte del alumno. Las directrices para su desarrollo eran tan amplias que cada Centro hacía lo que buenamente se le ocurría con los consiguientes errores y tanteos. Sólo determinados Centros bien dotados hacían una labor educativa seria. Pero aun éstos tropezaban con frecuencia con el segundo defecto apuntado, pues observaban que su trabajo no era apreciado en el momento del examen y veían que el éxito correspondía a quienes, haciéndose sordos a las directrices expuestas por el Ministerio, dedicaban todo su tiempo al repaso de los seis cursos del Bachillerato.

Se hacía pues necesario, en primer lugar, corregir estos defectos: señalar un contenido definido al Preuniversitario y tomar las medidas necesarias para que el examen de madurez guardase la debida congruencia con la preparación exigida.

Pero todo ello había que hacerlo sin que se perdiesen las características señaladas para el mismo. Es decir, que más bien que un año dedicado a la adquisición de nuevos conocimientos, fuese principalmente un año dedicado a manejar los conocimientos ya adquiridos. Como este Curso es el acceso a la Universidad, se hace preciso que los alumnos se adiestren en el estudio al nivel universitario y, sobre todo, con métodos universitarios.

Mientras el alumno de Enseñanza Primaria se enfrenta con el objeto de la ciencia en su conjunto unitario y bajo la dirección de un solo profesor, que es el encargado de irle señalando sus distintas facetas, el de Enseñanza Media se enfrenta con una concepción radicalmente analítica del objeto científico. Distintos profesores, especialistas en las diversas materias, orientan su atención y su aprendizaje hacia sectores aparentemente inconexos. El joven estudia las distintas asignaturas como si fueran compartimentos estancos, sin llegar a ver los hilos que las unen entre sí. Lo que en principio no es más que economía del trabajo, división de un único objeto cognoscible para mejor conocer, sucesivamente y por separado, la inmensa multiplicidad de sus aspectos parciales, corre el riesgo de crear en el estudiante un concepto falso de la realidad, le induce a suponerla, erróneamente, fragmentada o inconexa, como la ha estudiado. En una palabra: es de temer que caiga en la ilusión de creer que las cosas son como las ha estudiado, en vez de esforzarse en conocerlas como son, aunque para ello tenga que estudiarlas analíticamente, porque ese

método es una servidumbre del limitado entendimiento del hombre.

Pues bien, como contrapeso y correctivo a este posible falseamiento de la realidad, debe estructurarse un Preuniversitario en que se le ofrezcan a su consideración centros de interés sobre los que tienen que hacer converger todos los conocimientos dispersos que a lo largo de los cursos precedentes ha ido almacenando. Verifícase así un movimiento de síntesis que completa el de análisis ya efectuado y cierra el ciclo de la Enseñanza Media, al par que le abre las puertas de la Universidad. Esta es la ocasión de que el muchacho experimente por sí mismo cómo las disciplinas que él ha estudiado por separado concurren armónicamente al esclarecimiento de un objeto real que, dentro de su unidad, presenta tal riqueza de facetas y aspectos que el hombre, incapaz de agotarlo de una sola mirada, tiene que irlos considerando sucesivamente, sin que por ello pierda aquél su unidad. Entonces se le presentan al joven cada una de las asignaturas como instrumentos distintos de conocimiento de la misma realidad y, al mismo tiempo que adquieren sentido a sus ojos, y quizá precisamente porque descubre en ellas ese sentido, empiezan a resultarle simpáticas, condición la más precisa para el éxito en el estudio.

Simultáneamente realiza el joven un nuevo aprendizaje: se adiestra en el estudio de las realidades y en la utilización, a este fin, de su arsenal de conocimientos adquiridos. Y esto ha de resultarle de suma utilidad en sus años de carrera universitaria.

Estas consideraciones nos hacen ver, de paso, con cuánto cuidado hay que evitar el riesgo de que el contenido de este curso degenere en las consabidas asignaturas y en sus correspondientes libros de texto. Si este riesgo no se evita, el curso pierde su característica fundamental y en nada se distingue de otro cualquiera.

De ellas se desprende también que lo interesante es el modo de llevarlo y no la naturaleza de los objetos que cada año se sometan a la consideración del alumno. Aquí es más importante la mecánica, el método, el procedimiento, que el objeto que se trata de esclarecer. Lo que se persigue es un adiestramiento en el oficio de conocer objetos y no el conocimiento de estos objetos por sí mismo.

Para ello se ha estructurado este año un plan de Preuniversitario que le dota de contenido y que pretende establecer una razo-

nable congruencia entre el mismo curso y los exámenes de madurez a que se han de someter los alumnos que lo estudian.

Si duda, se podrán descubrir en él puntos débiles y deficiencias. Pero hay que tener en cuenta que estamos empezando y que siempre es más fácil corregir deficiencias que crear partiendo de cero.

Por otra parte, es probable que muchas de estas deficiencias deriven de una inteligencia poco correcta de lo que se pretende. Por ello no estará de más insistir sobre lo que realmente se persigue al proponer los temas que dan contenido actualmente al Preuniversitario. De consiguiente, será bueno pasar revista, aunque sea sumariamente, a los temas propuestos para el presente curso. Su consideración puede ponernos en camino de provechosas reflexiones.

Es el primer tema el estudio de *Calderón de la Barca y su época a través de uno de sus Autos sacramentales*. Concretamente, «El Gran Teatro del Mundo». Ante este tema, y teniendo en cuenta las horas destinadas a su estudio, un célebre catedrático de Lengua y Literatura española hizo la siguiente observación: «No es posible que en tan corto tiempo pueda lograrse que el alumno estudie esta obra y la restante producción de Calderón y la época histórica en que ésta se produjo.»

He aquí una deformación típica del especialista. Con la misma razón podría haber dicho el historiador que dos unidades semanales a lo largo de un curso no son suficientes para desarrollar un panorama histórico completo del siglo XVII. Algo semejante podrían decir el sociólogo, el filósofo, el geógrafo y el teólogo.

Empecemos, ante esta falsa postura, por confesar que los defectos que presenta el propio cuestionario en su desarrollo nos predisponen a una errónea interpretación del tema. El hecho de tener que echar mano de especialistas para su confección, empieza por desnaturalizar la primitiva intención del legislador. Porque en ese cuestionario se suceden los temas lingüísticos y literarios propiamente dichos y los históricos y geográficos, sin que resplandezca por ninguna parte la unidad y trabazón que debe unirlos. Es este un defecto que habrá que subsanar en lo porvenir, pero cuya corrección se encomienda, de momento, al buen tino de los profesores encargados de dirigir la labor del alumno.

Porque lo que se pretende estudiar no son sólo y precisamente las cuestiones enumera-

das en el cuestionario, sino, por decirlo así, hacer una vivisección de una época. No se trata de estudiar, por sí misma, una obra de Calderón, ni siquiera la producción literaria de este autor comparada con la de los escritores contemporáneos suyos. El verdadero protagonista de estas lecciones ha de ser el ambiente histórico en que vivió Calderón, el que condicionó su obra y la de sus coetáneos. Ese es el verdadero y principal centro de interés. Pero se pretende que, para llegar a ese conocimiento, se emplee como medio principal el estudio de una de sus obras literarias, utilizando al máximo los recursos que el conocimiento del idioma puede proporcionarnos, pero sin renunciar a las valiosas aportaciones que pueden procurar otras disciplinas, como la Historia, la Geografía histórica, la Filosofía, la Teología, la Sociología, etc. Por lo mismo, no deberán acumularse nuevos conocimientos; ni habrá de atiborrar el alumno su memoria con datos y fechas pronto al olvido, ni deberá hacerse una ampliación exhaustiva de los conocimientos geográficos. Lo que se pretende es que ponga a contribución todos los conocimientos adquiridos a lo largo del Bachillerato, lo mismo de Letras que de Ciencias, para el mejor esclarecimiento, para el más perfecto y racional conocimiento de un momento histórico tan interesante como el vivido por Calderón. Todo lo demás son instrumentos y medios aplicados al logro de este objetivo: el análisis literario y real de su obra es la llave mágica que nos ha de introducir en ese ambiente, los datos históricos nos han de situar y orientar en él, los geográficos han de servirnos para montar el escenario. Pero lo verdaderamente interesante, lo que primariamente y por sí mismo se persigue, es que el alumno capte y comprenda ese corte histórico que este año se le propone para su estudio, con toda su riqueza de aspectos y toda su complejidad de variantes y componentes. Puede que resulte más interesante la descripción de la vida real de aquel tiempo en una villa o ciudad que la delimitación de los virreinos de América o el ir y venir de los galeones, aunque sucesivamente se ligen y enlacen unos aspectos con otros. Pero es preciso que el alumno se entere de cómo se vivía en la época, de qué se comía y cómo se comía, de cómo era y cómo se usaba el mobiliario, de la distribución de las casas, del vestido de las distintas clases sociales, del régimen de sus ciudades, del desarrollo del comercio, de las relaciones entre las cla-

ses sociales, del gobierno de la nación y del tenor de vida de sus habitantes, del estado sanitario, de los adelantos de las técnicas científicas, de las actividades artesanas. Es necesario que sepamos cómo se estudiaba y quiénes y cuántos lo hacían, qué se leía y cuánto, y tantas otras cosas más que nos introducen en el interior de una época y nos permiten, más que verla, simpatizar con ella y vivirla. Y todo ello partiendo del análisis de determinadas obras literarias y del recuerdo de determinados datos históricos. Pero si nos quedamos en esto y no seguimos adelante, nos pareceremos al artesano que, una vez preparado su instrumental, da por terminada su tarea y se entrega satisfecho al descanso.

No se queje, pues, el profesor especialista en Lengua y Literatura españolas de que le falta tiempo para desarrollar su cuestionario si puede, durante él, introducir al alumno, de la mano del autor de turno, al estudio de la correspondiente época histórica. Con ello habrá cumplido perfectamente su cometido.

Menos dificultades ofrece, a mi modo de ver, el desarrollo del tema «El problema social de nuestro tiempo». Y ello no por la materia tratada, que se ofrece con suficiente complejidad, sino por la unidad que resplandece en el propio cuestionario, lograda al no tener que intervenir en el mismo distintos y contrapuestos especialistas. Sin embargo, en su redacción, se huyó cuidadosamente de hacer de él una nueva asignatura y se prefirió el tono y el nivel periodístico y de ensayo al sistemático y árido de un tratado de Sociología. Lo que se pretende es dar ocasión al alumnado a meditar sobre temas que se insertan en los más hondos entresijos de la sociedad actual y a los que no se presta la atención que se merecen, si es que se les presta alguna. El mero hecho de abrirles una ventana al panorama variadísimo de las relaciones sociales humanas, es una contribución eficaz en orden a lograr una visión realista de la sociedad en que se desarrollan.

En cuanto al tema consagrado al estudio de un país—este año corresponde al estudio de la *nación portuguesa*—, poco hay que decir. Trátase también, más que de un estudio minucioso y detallado, de tomar el pulso de ese país, de que el alumno se haga una semblanza lo más exacta posible de él. Todo lo demás son medios, tanto más necesarios y útiles, cuanto más eficaces sean para conducirnos al fin propuesto.

Por lo que hace a los *idiomas*, tanto mo-

dernos como clásicos, toda la actividad está destinada a un mejor dominio y conocimiento de los mismos.

El que se proponga una obra determinada, de un autor especialmente señalado, no quiere decir que es el autor y su producción lo que por sí mismo y primariamente nos interesa. Ese es el camino por el que pretendemos introducirnos en el idioma correspondiente.

Por eso mismo el examen del *idioma moderno* no ha de versar necesariamente sobre el autor o la obra señalada, sino sobre el idioma de que se trata. El fin, a largo plazo propuesto, es un dominio tal del mismo que el alumno pueda entenderlo y hablarlo, traducirlo y escribirlo. Para ello, naturalmente, será preciso que durante los cursos del Bachillerato se dé una enseñanza racional y eficaz a los alumnos que lo cursen.

La misma dificultad de los *idiomas clásicos* hace que haya que darles una consideración distinta, sobre todo a la hora del examen. Por otro lado, la mayor diferencia que media entre los distintos autores latinos o griegos, sobre todo si pertenecen a épocas distintas, hace aconsejable concentrar los esfuerzos en uno solo. Lo que se persigue como meta ideal es que puedan leer al autor estudiado entendiéndolo a la primera lectura. El tiempo dirá si esto es una *utopía* o una tarea asequible para el alumno. Pero de no lograr esto último en unos alumnos que han elegido precisamente esta modalidad en su Bachillerato superior, dedicando a su estudio horas que restan a otras materias de indudable valor formativo, al par que de reconocida utilidad para la vida, será cosa de pensar seriamente en su supresión de los planes del Bachillerato. Esperemos, no obstante, que la supervivencia de que tantas pruebas han dado estas lenguas nodrizas de la civilización occidental y cristiana, les permitirá sobrevivir una vez más en el cuadro de nuestros estudios de grado medio, al menos para aquellos alumnos que aspiran a ingresar en las facultades universitarias de Derecho y Filosofía y Letras.

Por lo que hace a las Matemáticas, bien claro se ve el objetivo que se persigue, que es doble.

Por un lado, que el alumno tenga ocasión de estudiar con la debida profundidad un capítulo de las Matemáticas. Se sustituye, pues, la extensión por la intensidad. Se juzga preciso que se asome a ellas en toda su profun-

didad, aunque personalmente no llegue al fondo. Es de esperar que esta actitud sea por demás aleccionadora para el alumno y que le haga ver la dimensión y la naturaleza de la ciencia matemática. De paso, se adiestrará en el estudio personal con vistas a ampliar sus conocimientos en cualquiera otro terreno del dominio de la matemática.

Por otro lado, al paso que le hace repasar sus distintas partes, la resolución de problemas constituye una maravillosa actividad educativa de tipo racional y lógico. La gimnasia mental a que se somete debe tener halagüeños resultados en la formación general del alumno.

El centro de interés señalado dentro del *proceso biológico*, así como el elegido para el *proceso físico-químico*, es de una concreción extraordinaria, muy a tono con la que exhiben las ciencias respectivas. Alrededor de estos temas han de converger todos los conocimientos y datos acumulados por el alumno a lo largo de sus anteriores estudios de Ciencias Naturales, de Física y de Química.

Sólo que ahora el estudio del objeto propuesto y, por consiguiente, la consideración del contenido de esas asignaturas, se le presenta bajo una luz totalmente nueva. Porque, en primer lugar, el niño tiene siempre presente un objeto o un fenómeno concreto que despierta su interés y atrae su atención; en segundo lugar, no se trata ya de estudiar asignaturas, sino cosas. Por primera vez, la ciencia se le aparece como algo eminentemente práctico; útil para resolver los problemas que la misma vida le plantea a cada paso. Mientras en cursos anteriores estudiaba doctrinas científicas en abstracto, totalmente desligadas de la realidad, ahora estudia la misma realidad que toca con sus manos y ve con sus ojos, si bien echando mano de los conocimientos tan trabajosa e ingratamente adquiridos en los cursos anteriores.

Por primera vez, el muchacho descubre en estos conocimientos un sentido, por primera vez palpa su utilidad, su eficacia. ¡Oh!, si pudiésemos invertir los términos y empezar por hacer tocar al alumno el sentido de las asignaturas antes de proceder a su estudio... Todo le resultaría más fácil. Lo malo es que el descubrimiento del sentido de una asignatura supone un previo conocimiento de la misma, al menos hasta cierto punto. No obstante, las frecuentes digresiones hacia el campo de la realidad tendrían la virtud de hacer más amables, menos áridas las asignatu-

ras que, hoy por hoy, se estudian de un modo excesivamente abstracto e irreal.

Por lo demás, este objeto único que se propone para su estudio confiere unidad a lo disperso. Todo dato científico que de algún modo pueda contribuir al esclarecimiento del objeto propuesto, debe ser aplicado por el profesor tanto si proviene de la Física y la Química, como si procede de las Ciencias Naturales, porque esta división de las ciencias es obra del espíritu y se basa únicamente en los distintos aspectos que el entendimiento descubre en los seres reales, concretos y unos, de la naturaleza. Aquí, con más claridad que en los restantes temas, se cierra el ciclo metodológico de la enseñanza, al completarse el proceso de síntesis, llevados de la mano por la realidad que, de suyo, es síntesis, composición, todo.

Para terminar, resta decir unas palabras sobre la solución dada a la actual *incoherencia entre el examen y la preparación*. Pareció lógico que el mismo Ministerio, que señala para cada año los temas que han de ser objeto de estudio durante el Curso Preuniversitario, señale también los temas que han de ser objeto de examen por parte del alumno o, en todo caso, que determine con suficiente exactitud el contenido y el modo al que han de ajustarse los examinadores en su función.

De tal manera es importante la redacción de los temas de exámenes, que de ellos dependerá en el futuro el tono que se dé a la preparación del Curso Preuniversitario y la fidelidad con que se sigan las instrucciones y directrices señaladas por el Ministerio.

En efecto; de la acertada redacción y selección de los temas de examen dependerá que las cuestiones tratadas degeneren en simples asignaturas o se mantengan fieles al espíritu que presidió la redacción del Decreto de Ordenación del Preuniversitario. Por lo mismo, ya se está trabajando cuidadosamente en esta materia, y aunque no sea fácil acertar siempre desde el principio, la intención es acercarse lo más posible al ideal.

Por ello, es necesario esforzarse en que los temas sean de la suficiente amplitud, a fin de que el alumno pueda hacer una verdadera *composición* de los muchos conocimientos que—dispersos—ha manejado durante el curso, y para que le den ocasión de utilizar el mayor número posible de datos adquiridos en sus lecturas y, sobre todo, para que haya lugar a que dé muestras de criterio perso-

nal en el enfoque de los temas y de madurez intelectual en su tratamiento y desarrollo.

Y ahora, mientras alumnos y profesores se esfuerzan en llevar a la realidad el plan propuesto, sólo nos resta esperar ilusionados el éxito, del que han de participar, en primer lugar y por derecho propio, tanto profesores como alumnos; los primeros con su esfuerzo

personal y con su preparación científica, que de este modo se verá cada vez más aumentada, y los segundos, coronando sus estudios con una recapitulación general y entrenándose en el trabajo personal que tanto ha de facilitar más tarde sus primeros pasos en la Universidad.

ARSENIO PACIOS LOPEZ.

## GONCURSO DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS CLASICOS ENTRE LOS ALUMNOS DEL CURSO PREUNIVERSITARIO

Dos premios de 2.000 pesetas, con viajes a Madrid, a los autores de los mejores trabajos sobre «Sócrates en la Apolo-gía de Jenofonte» y «Salustio en su Bellum Iugurthinum»

*La Junta Directiva de la Sociedad Española de Estudios Clásicos organiza un concurso entre los alumnos del Curso Preuniversitario con arreglo a las siguientes bases:*

1.ª Pueden participar en él alumnos que cursen el Preuniversitario en cualquier Centro oficial o privado.

2.ª Se establecen dos premios, uno de Griego y otro de Latín, a los dos mejores trabajos presentados con los temas «Sócrates en la Apolo-gía» de Jenofonte y «Salustio en su Bellum Iugurthinum».

3.ª Los trabajos serán enviados al Secretario de la Sociedad (Duque de Medinaceli, 4, Madrid) antes del día 10 de abril de 1958 y estarán escritos a máquina, teniendo una extensión mínima de 60 cuartillas a doble espacio. Vendrán acompañados de una hoja de estudios del concursante que detalle las calificaciones obtenidas en las diversas asignaturas y exámenes de Grado.

4.ª Los trabajos serán juzgados por la Junta Directiva de la Sociedad, y los dos alumnos premiados harán una exposición oral de los mismos ante estudiantes del Curso Preuniversitario, en un acto que se celebrará durante el mes de abril.

5.ª Cada premio consistirá en un diploma honorífico, la cantidad de 2.000 pesetas y el abono de los gastos de viaje y estancia en Madrid, estimados a juicio de la Sociedad. También se regalará a los dos alumnos premiados un lote de libros de temas clásicos. No se abonarán los gastos de los profesores o familiares que puedan acompañarles.